

hijos de Atenas con las tragedias de Eurípides, sino con la relación de sus maravillosas acciones, con la pintura animada de su glorioso infortunio, contando al huésped que los recibe la profanación de sus hogares, el triste duelo de sus esposas, la servidumbre de sus hermanos y el fin sangriento de su Polonia adorada, que luchó en vano contra un funesto destino.

Con la Polonia ha desaparecido la única barrera que defendía á la Europa de la Rusia, destinada á crecer y engrandecerse con los despojos del mundo, y á quien todos los caminos, el de París como el de Constantinopla, conducen á la dominación. Pero las consecuencias más fatales de la política del Mediodía en sus relaciones con el Norte no han sido inclinar la balanza á favor del autócrata de las Rusias, y abrirse á sus devastadoras invasiones con la desaparición de sus fronteras naturales, sino herir de paralización y de muerte las sociedades que crecían bajo su amparo, y encadenar en ellas un volcán cuyo principio disolvente está devorándolas con espantosos progresos.

Si París, Varsovia y Bruselas han sido los principales teatros de los triunfos de la Diplomacia, su acción se ha extendido sobre todo el Mediodía de Europa de una manera funesta para su porvenir amenazado. Todo sistema tiende á la unidad, porque en la unidad está su fuerza. El Norte, con un instinto admirable de su conservación, sólo está dominado por un principio, se mueve por una sola voluntad, y presenta en todas sus combinaciones el cuadro de una maravillosa armonía. Sólo la Polonia se atrevió á arrojar en medio de aquella unidad compacta un nuevo principio y una voluntad independiente. La Polonia ha dejado de existir. Los Estados pequeños de Alemania dieron el ejemplo de una noble resistencia á las invasiones del poder: la Dieta reunida lanzó un anatema sobre ellos, y el Congreso, que delibera en Viena en el momento en que yo escribo, se ocupa en absorber en la gran unidad del Norte los peligrosos gérmenes de innovaciones que entorpecían su marcha. Tranquilo el corazón de sus vastas regiones, el Norte

dirige sus ambiciosas miradas hacia el Mediodía, da su voto en sus agitados debates y paraliza su acción con su terrible *veto*. Sus águilas se reposan en Italia. D. Miguel ha sido su representante en Portugal. Colocado en esta posición formidable, mira con indiferencia las oleadas espantosas que se levantan en la sociedad francesa, seguro de que no llegarán hasta su trono y que se devorarán en sus esfuerzos impotentes. Entretanto su vista se dirige hacia el mar Negro, se detiene en el Bósforo, que le espera para entregarle la esposa prometida, y, seguro de su triunfo, la prepara el manto nupcial, disponiéndose para recibir en dote el Mediterráneo y el Oriente.

Estudiando el origen de su fuerza, es fácil conocer que ésta consiste en que, dominada por un solo principio y una sola voluntad, la Diplomacia allí no se ha constituido en poder; y contentándose con reconocer aquella voluntad y aquel principio, obra siempre guiada por sus inspiraciones, sin permitirse modificarle ni aun en sus más remotas consecuencias.

El cuadro que presenta el Mediodía es menos lisonjero, y el porvenir que le espera más sombrío. Cuando la revolución de Julio se apareció á los ojos de todos los pueblos de la Europa, ninguno creyó que aquella gran catástrofe de la legitimidad, y aquella gran victoria de un pueblo que se miró soberano, se reducirá á la catástrofe de Carlos V y á la victoria de la Carta. Así como la restauración no había sido solamente una restauración de personas, sino una restauración de principios, la revolución de Julio debió tener el carácter de una revolución en las ideas; así como aquella arregló la Europa según su principio tradicional, parecía que ésta debía arreglarla según su principio conquistado. ¿Se equivocó la Europa cuando pensó que la restauración destronada debía arrastrar en su caída el principio de su existencia? ¿Se equivocó en pensar que otro principio debía ocupar el trono que abandonaba el primero, así como le ocupaba otra persona? ¿Se equivocó en pensar que este nuevo principio, llamado á la dominación de la Francia, estaba llamado á la dominación del Mediodía, como el

principio representado por la restauración, como el representado por Bonaparte, como el representado por la revolución del 89, como el que representaron Luis XIV y Richelieu; en fin, como todos los principios que han dominado aquella sociedad, representante siempre de las necesidades morales de la Europa? ¿O debía creer que la desaparición de un trono sustentado por cien generaciones era un acontecimiento vulgar arrojado en medio de los acontecimientos humanos sin más causa que una infracción á la ley, sin más consecuencias que una mudanza de personas? No; la Europa no debía creerlo así, porque ni la Europa ni el sentido común conciben un hecho contrario á todos los antecedentes de la historia, que es la humanidad idéntica siempre consigo misma en medio de la diversidad de sus revoluciones; pero la Diplomacia lo creyó, y todos han visto las consecuencias de sus principios en las dos naciones que fueron el teatro de su triunfo; sus consecuencias en la política general del Mediodía no han sido menos desastrosas.

Declarando la Francia que ella no se pondría á su frente, la Francia de Julio, no sólo abdicó su poder y renunció á su corona, sino que faltó á una obligación moral, sagrada para los pueblos como para el hombre. El Mediodía la había mirado siempre conduciendo su marcha por medio de los siglos, expresando sus necesidades como sus ideas, y extendiendo su dominación por medio de la inteligencia ó por medio de las armas. ¿Era moral su deserción en el momento en que el Norte gravitaba sobre el Mediodía con todo el peso de su unidad irresistible? La Francia tenía el derecho de renunciar á su gloria por respetar el tratado de Viena; pero ¿tenía el derecho de sacrificar á la Diplomacia una hecatombe de pueblos? El Mediodía se encontró sin un principio. El de la restauración había ya naufragado: la revolución de Julio no ha podido formular el que debía sucederle. No gobernado por un principio, yo no encuentro el Mediodía, sino naciones meridionales abandonadas á su individualidad y sumergidas en el caos. La Diplomacia, creyendo que hace marchar á las naciones, las ha hecho

retrogradar hasta los siglos medios. Pasando la confusión de las cosas á las palabras, el lenguaje de este siglo será ininteligible para la posteridad. A la Bélgica se la llama independiente cuando lo recibe todo de manos extranjeras; á la Francia poderosa cuando se somete á un tratado que causó su ignominia; y cuando renuncia la presidencia en el banquete de los pueblos; á la Inglaterra sagaz, profunda y previsora cuando los Dardanelos se cierran á su pabellón. Todos los principios, todos los elementos coexisten en el Mediodía de la Europa, como coexistían en la confusión anárquica de la Edad Media; D. Miguel y Luis Felipe; Brougham y Calomarde: dentro de los muros de una misma ciudad, aquí se afila la espada del republicano, y más allá la cuchilla del verdugo; entretanto la Diplomacia cree que ha constituido la sociedad, y se admira en sus combinaciones.

Pero el filósofo puede preguntar: ¿es éste el camino que conduce á una regeneración, ó el que conduce á una anarquía? Estos síntomas, esta confusión, estas oscilaciones, ¿anuncian una nueva aurora, ó son precursores de muerte? Y, sobre todo, con estos elementos heterogéneos y encontrados, ¿podría el Mediodía resistir á las invasiones del Norte? Sin un principio que le guíe, ¿podrá ser uno jamás? Y si la hora del combate sonara para las naciones, ¿quién conduciría á las del Mediodía de Europa á las orillas del Rin? La Francia ha renunciado á su misión; ¿quién saltará á la arena para levantar la maza de Hércules que debe herir al coloso? Cuando el hombre de bien, cuyo corazón arde con el amor de la humanidad y de su patria, busca la resolución de este problema espantoso, el porvenir se presenta ante él cubierto con un velo fúnebre, y cree marchar sobre el borde de un abismo ó el de un inmenso sepulcro.

Pero á lo menos el tratado de Viena, al que todo se sacrifica, ¿tiene una existencia asegurada? ¿Pueden crecer á su sombra las naciones? Polonia responderá desde su tumba; la Bélgica tiene una existencia que su soplo de vida no la ha comunicado. La Suiza, cuya neutralidad él declaró sagrada, teme en este

momento por su territorio, amenazado de extranjeros que le cercan. El tratado de Viena es un fantasma; pero sobre sus ruinas ningún principio se ha proclamado que pueda reunir bajo de su bandera los restos de ese naufragio social, estableciendo su armonía. La Europa de Julio es un gran cometa, que arrojado por una revolución de su órbita, fluctúa vacilante en el vacío, y que, fuera de todo sistema planetario, marcha sin dirección y sin concierto á una segura ruina si la mano de Dios no le detiene y no vuelve á trazarle su carrera.

Pero á lo menos, si los pueblos perecen, ¿podrá salvarse el trono de Julio? Un orador filósofo ha dicho en la Cámara francesa que treinta y dos millones de hombres no pueden hacer un Rey; esta verdad es profunda: ella quiere decir que jamás la fuerza puede crear el poder, que jamás el derecho puede nacer de un hecho que otro hecho destruirá; que la legitimidad, en fin, es necesaria á los reyes. Pero esta palabra, de que se ha abusado tanto, merece que se la explique. La legitimidad aplicada á una acción particular, es la conformidad de esta acción con las leyes positivas. La legitimidad aplicada á un soberano, es la conformidad de sus acciones públicas con la justicia, que, si bien es siempre una, no por eso deja de ser diversa en sus aplicaciones á las sociedades modificadas por los siglos. En cada época de la Historia la justicia está representada por el principio llamado á la dominación, que es la expresión viviente de la armonía entre el derecho absoluto y las necesidades sociales; el poder que representa este principio, el que conserva esta armonía, es el solo legítimo sobre la tierra. El poder de un conquistador puede ser legítimo si representa aquel principio dominante; pero su legitimidad no nacerá de la fuerza, sino del principio encarnado en él; aquella misma fuerza que le condujo al trono no era suya, sino de la sociedad, que, como poseedor de aquel principio, supo regir y comprender ¹.

¹ Esta teoría de la legitimidad, enteramente falsa, conduce derechamente á la anarquía.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Considerada desde este aspecto, la legitimidad de Carlos X no pasó sino cuando dejó de ser legítima, si puede decirse así; es decir, que no pasó sino cuando, apoyándose en un principio absoluto, dejó de recibir las modificaciones de los siglos, que son la condición necesaria de su existencia. En el mundo no hay más que una legitimidad absoluta; ésta existe sin duda en Dios; pero sólo en Dios existe. Los reyes que se proclaman revestidos de un derecho divino no saben que al absurdo añaden la blasfemia; y, sobre todo, no saben que los pueblos castigan con más severidad un absurdo que las leyes un crimen. El poder que no representa el principio dominante de la sociedad, no solamente es ilegítimo, sino que también es débil; no comprendiendo á la sociedad, no puede electrizarla, haciendo que se realicen como por encanto todas sus exigencias; no puede llamar hacia sí todas sus fuerzas vitales, y no teniéndolas en su mano para construir la fuerza pública, ellas se agitan sin dirección y sin sistema, y producen los trastornos y las revoluciones. Si el trono de Francia sigue apoyado en un hecho y no se apodera de un principio, su existencia será efímera y borrascosa y cuando llegue á desaparecer habrá desaparecido para siempre.

Pero la Diplomacia, que sometiendo el principio que debía gobernar el Mediodía al tratado de Viena, que por todas partes se retira de la escena del mundo, ha hecho imposible la existencia de una unidad compacta que pueda resistir á la del Norte; que ha desmoralizado la sociedad y debilitado los tronos, no por eso se considera vencida, y cree que, apoyándose éstos en los intereses materiales de las clases del Estado, y armonizando á los pueblos por medio de sus intereses materiales recíprocos, podrá encontrarse esa unidad que se busca, y que con ella el Mediodía podrá inclinar á su favor la balanza. ¡Vana ilusión! La tendencia de todos los intereses materiales, es á complicarse y subdividirse; su efecto, individualizar y disolver. Una sociedad no puede estar fundada sobre ellos, porque la movilidad de sus transformaciones sólo puede producir

una agregación momentánea, pero jamás una sociedad permanente. La sociedad no existe sino entre las inteligencias; la lucha no existe sino entre las necesidades. Por eso una idea es un principio de cohesión; un interés, un principio disolvente. Por aquélla pertenece el hombre á la humanidad; por éste se pertenece á sí mismo, y sólo por la coexistencia de estos dos elementos pueden explicarse la libertad y el poder. Así la Diplomacia, invocando los intereses materiales para reorganizar la sociedad, la desorganiza y la disuelve. Arquímedes pedía una palanca para mover el universo, dadme á mí un principio: yo constituiré las sociedades.

Pero la Diplomacia, que como todo poder que parece está condenada al absurdo, lejos de abandonar sus teorías, adopta todas sus consecuencias; y después de haber renunciado á una lucha que tenía por objeto la libertad, arroja el guante del desafío en la cuestión de Oriente. Cuestión inmensa y que encierra en su seno el porvenir del mundo; cuestión inmensa que la Diplomacia, en su decrepitud, no sabe resolver, ni aun puede concebir. Reduciéndola al cuadro mezquino de sus combinaciones, la considera como una cuestión de intereses materiales, y la adopta sin saber que es una cuestión que llamará á la arena todos los grandes principios, cuyos gérmenes se han desenvuelto en todas las épocas de la Historia en el seno de la humanidad. ¡Cómo! Los principios que, con una fuerza irresistible, se reproducen en todos los puntos del globo, que luchan igualmente en París y en Varsovia, en la antigua y poderosa Alemania y en el expirante Portugal; los principios que, absorbiéndolo todo con su fuerza de asimilación, aparecen en todas las cuestiones, por extrañas que les sean, que se revisten de todas las formas para combatir en todos los teatros, que fascinan todas las imaginaciones, ¿se retirarán de la escena cuando todo un mundo se desploma, y un mundo que les dió el ser? Los pueblos de la Europa se disputarán el trono vacante del Oriente; ¿y los principios no se abrirán camino para dominar allí las sociedades? Ellos, contemporáneos de los siglos, conocen

mejor que los pueblos de la Europa aquellas vastas regiones, teatro un tiempo de sus mayores combates; allí todo recuerda sus triunfos, todo indica su dominación: ellos nos dieron las instituciones de aquellos pueblos antiguos; nos han explicado su gloria: ellos nos llevarán sobre su tumba; y mientras que nuestros ejércitos; huéspedes en aquellos lugares, se disputen una victoria que no pueden dar las armas, ellos, y ellos solos, engendrarán el porvenir. En vano la Diplomacia quiere arrojarlos del trono del mundo: el mundo les pertenece; en vano los borra de sus tratados: ellos están escritos en las frentes de los pueblos. El Norte, que conoce mejor el valor de los principios y que se alista bajo de sus banderas; el Norte no piensa, como nosotros, que los intereses materiales deben presidir á sus determinaciones. El Austria oívida que tiene delante de sí á Constantinopla, y sacrifica á sus principios su interés; este sacrificio no es fanático, porque los Gabinetes ni tienen fe ni pasiones; es el resultado de un cálculo profundo, que la hace concebir que el engrandecimiento de la libertad le sería más funesto que el de la Rusia, porque las conquistas de un principio son más absolutas, y sobre todo más durables que las de la fuerza; ella sabe muy bien que un pueblo conducido por una idea que domina; es más terrible que un pueblo conducido por una espada vencedora; en fin, ella sabe muy bien que en la cuestión de Oriente los principios aparecerán en primer término del cuadro, como en todas las cuestiones con la sola diferencia de que se agitarán en un campo más ancho y en una escala más grande. El Austria sabe todo lo que la Diplomacia ignora, y sofocando su individualización se absorbe en la terrible unidad que nos amenaza, como un hábil general que se replega desde la vanguardia hasta en su espesa falange, para precipitarse sobre el enemigo con una fuerza irresistible. Cuando suene la hora del combate el Norte levantará su voz, proclamará su principio, y está seguro de encontrar ecos que le respondan; mandará á sus águilas volar, y encontrará ejércitos que las sigan.

Yo creo que la cuestión de Oriente es sólo una cuestión para la Diplomacia. Cuando el Imperio otomano deje de existir, su trono no estará un momento vacío. Así, la Historia, que no nos ha pintado en sus páginas la desaparición de un solo Imperio sino precedida de grandes catástrofes y guerras sangrientas, contará á nuestros hijos que un mundo desapareció sin convulsiones. La Diplomacia puede felicitarse con el triunfo de sus filantrópicos sentimientos; ella habrá entonces llegado al límite de la civilización, y la posteridad agradecida, nunca elogiará bastante la inmensidad de su genio y la profundidad de sus combinaciones.

Aunque ésta es mi opinión particular, yo debo suponer la existencia de la crisis para juzgar de los medios que la Diplomacia tiene en su poder para resistir al Norte. Considerando esta cuestión como una cuestión de intereses materiales, ella podrá invocarlos en el momento del peligro; pero los pueblos no responderán á su voz: el entusiasmo no se manda, y sólo pueden producirle los principios. La libertad, la independencia, la religión y la gloria han producido todos los héroes, han inspirado á todos los conquistadores, han sostenido á todos los mártires¹; el interés no ha producido sino el letargo que adormece y el egoísmo que mata. Todos los hombres, todas las naciones que han dejado una huella estampada en el seno de los siglos al través de su gloriosa carrera, han crecido á la sombra de aquellos principios regeneradores; ¿dónde se oculta el pueblo que ha hecho una cosa grande en nombre del interés? la Historia no le ha visto pasar, ni su nombre se encuentra en los archivos de la Diplomacia.

Si después de haberla considerado en sus efectos en Bélgica, en París, en el Mediodía de Europa tal como ha salido de sus manos, en sus relaciones con el Norte, y en su posición con respecto á la cuestión de Oriente, echamos una ojeada sobre el

¹ No está bien poner á los verdaderos mártires, que mueren por la sagrada causa de la fe, con los mártires falsos ó supuestos de la libertad, de la independencia y de la gloria, no menos falsas en nuestro siglo que ellos.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

vecino reino de Portugal, que puede considerarse como la expresión más animada, la emanación más pura del carácter de todas sus combinaciones, hasta el momento en que nuestras armas victoriosas le han dado una nueva vida, esta ojeada será lúgubre, como la que se dirige sobre un vasto cementerio, en donde, evocados por las furias, lucharían, al resplandor de fantásticas hogueras, los huesos animados de razas que fueron enemigas, y que aun en la tumba conservan las convulsiones de su sangriento fanatismo con el sello de su reprobación. Nuestros ojos están familiarizados con la sangre y acostumbrados á reposarse sobre estériles ruinas; nosotros hemos visto al despotismo y al crimen triunfar sobre la libertad y la virtud; hemos visto á la anarquía invadir las sociedades, á la disolución combatir las y hacerlas retrogradar hasta el primitivo caos; nuestros ojos han visto la lucha de todos los elementos, y las tempestades no nos asombran: siempre, en medio de su horror, se ha escuchado alguna voz sublime; siempre en medio de su lucha ha aparecido alguna idea regeneradora, algún bello carácter que ha servido de protesta solemne contra la sangre derramada y de inefable consuelo á la doliente humanidad: pero el espectáculo del embrutecimiento y del crimen entronizados en un pueblo, sin que se escuche una sola protesta en nombre de la civilización; el espectáculo de esa servidumbre silenciosa, de ese cielo sin una estrella, de ese abismo sin fondo, de ese horizonte sin esperanza y sin luz, ¡oh!, ese espectáculo es desolante y horroroso para el hombre, como la idea de la nada, que no se atreve á concebir. Parece que la Providencia había retirado su vista de ese pueblo, y le había cubierto de una eterna noche, para que ofreciese el espectáculo del despotismo en toda su fealdad y sirviese de una lección terrible á la Europa, que le ha contemplado con espanto. Hay algo de repugnante y de funesto en considerar á esa nación sola en medio de las demás naciones; á ese destino cumpliéndose por sí solo, sin entrar en el cuadro de los destinos de la humanidad; á ese pueblo que buscaba quien se pusiera á su frente y le di-